

ACTAS PRINCIPALES

de la beatificación de san Benito José Labre (1).

MILAGRO I.

CURACION INSTANTÁNEA PERFECTA DE MARÍA ROSA DE LUCA,
ATACADA DE TISIS PULMONAR CONFIRMADA (2).

ARTÍCULO PRIMERO.

EXPOSICION DEL MILAGRO POR EL CARDENAL PONENTE.

§ 1. *El primer extremo del milagro, esto es la existencia, la naturaleza y la gravedad de la dolencia.*

1. Atacada á la edad de quince años próximamente, por el sarampion, epidemia á la sazón reinante en Mazzano, la jóven María Rosa de Luca guardó cama á principios de marzo de 1783. Nunca habia padecido enfermedad alguna, á menos que quiera darse este nombre á una especie de asma nervioso engendrado por un temperamento pleórico que nada le quitaba de su vigor, y que de ningún modo le impedía el libre ejercicio de toda su actividad. El virus de la enfermedad exantemática, no hacien-

(1) Las actas abreviadas de los procesos de beatificación y canonización de san Benito José Labre han sido traducidas con toda la fidelidad posible.

(2) Los primeros milagros son de 1783. Las ciencias medicas y quirúrgicas desde aquella época se han considerablemente modificado en sus teorías y sistemas, y los términos propios de las mismas han variado tambien mucho. He respetado el caracter particular de la medicina del siglo XVII, y he expresado lo mejor posible las expresiones anticuadas. Cualesquiera que sean los progresos realizados, no tengo áfirmar que ningún médico instruido y de buena fe vacilará un momento en reconocer que la demostración de la incurabilidad de cada una de las afecciones súbitamente curadas, es hecha tan absolutamente como pudiera serlo por los mas eminentes especialistas del siglo XIX.

—F. MOICHO.

do plena erupcion, afectó el pecho, y por su acritud produjo una pleuro-peripneumonia, que procede de que el virus de ciertas enfermedades exantemáticas ó bien es repercutido, ó no hace libremente irrupcion á la piel, como enseña Sauvage hablando de la peripneumonia exantemática, siguiendo en esto á Sydenham, de quien cita el escrito acerca la peripneumonia por sarampion ó despues de este.

2. No puede dudarse que la primera enfermedad se cambió en esta otra, si se estudian, tanto la naturaleza de la causa muy apta para engendrar la peripneumonia, como el conjunto de los síntomas que se produjeron luego: á saber, una fiebre violenta y continua, la dificultad de respirar, la tos, la sed, etc. Esta nueva enfermedad mal resuelta no tuvo más feliz resultado, y la enferma de ninguna manera fué librada de ella en los dias críticos. Por donde el humor acre, que por la repercusion de los botones habia producido la peripneumonia, no habiendo sido rechazada y expulsada, lesionó la parenquima de los pulmones, disolviendo y rasgando su tejido orgánico, convirtiendo una parte en pus, y engendrando el abceso ó vómica que fué el origen de la tisis de que vamos á hablar.

3. Y no podia esperarse otra cosa; pues, segun la doctrina de Hipócrates, cualesquiera peripneumonías que no han sido purgadas en los dias críticos, y que con movimientos desordenados del espiritu han pasado del día catorce, están en peligro de supuración (1). Esta supuración se indica en el día siete, nueve, once ó catorce. La que no queda curada el séptimo, noveno ó décimo día, empieza á supurar (2). Pues bien, antes de transcurrir el mes de marzo sucedieron estas cosas á la enferma, como nos lo atestiguan los certificados que, pocos dias despues de la curación de la jóven, expidieron el médico, el cirujano y el arcipreste de Mazzano: á la sazón pudieron, con el recuerdo tan reciente de las cosas, fijar más fácilmente la determinación de los tiempos, de lo que lo establecieron los testigos oídos al cabo de catorce años. Léase en ellos: «La enfermedad pasó á vómica en el espacio de unos veinte dias, á contar desde el principio de la peripneumonia, y á este accidente se habian acumulado ya desde entonces la carraspera, la tos, una evacuación de pus por arriba, una ligera fiebre hética, una respiración jadeante, amenazando (á veces) interceptar el aliento, la consuncion, sudores noc-

(1) De Morb. lib. 1, n. 23.

(2) Ibid. lib. 3, n. 21.

turnos, una diarrea colicativa; y estos síntomas, á partir desde primeros de abril, se aumentaron de día en día.»

4. A fines de marzo, pues, se produjo el principio de la tisis. Pero antes de pasar adelante, importa examinar atentamente lo que debemos juzgar del parecer del médico, cuando afirma que la vómica degeneró en empiema, á la que sucedió la tisis. En efecto, si la palabra empiema se toma en el sentido más lato con que la empleaban los antiguos, nada impide adherirnos al parecer del médico. Efectivamente, es cierto que la palabra empiema, empleada en otro tiempo con significación más lata, designaba una supuración cualquiera de las partes internas del cuerpo, como puede demostrarse por varios textos de Hipócrates, Galeno y Areteo (1). Toda vez que la jóvenes fué atacada de supuración en los pulmones, como lo atestiguan la naturaleza y la historia de su enfermedad, no cabe duda que sufrió una empiema tomada en este último sentido. Mas si se quiere, según los modernos, designar estrictamente por esta palabra una colección de pus en la cavidad del torax fuera del pulmón (2), la opinión del médico es contradictoria por el conjunto de los síntomas que luego enumeraremos y de los cuales se desprende la naturaleza evidente de la tisis: podría oponérsele asimismo, apoyándose en Hipócrates, la brevedad del tiempo, que no parece fué suficiente para la constitución de la empiema, puesto que el facultativo certifica que hubo ya emisión del pus á fines de marzo. El anciano de Cos, sabiamente apoyado en la experiencia, escribió (3): *Los que viniendo á ser pleuréticos no son purgados en catorce días, experimentan el paso á la supuración* (4). *Las supuraciones se verifican la mayor parte el día veinte, otras el treinta, y algunas sobrevienen al sesenta*. Si, pues, á los catorce días necesarios para la formación de la supuración, añadimos por lo menos veinte días para que la vómica así amasada haya podido hacer irrupción, y derramarse en la cavidad del torax, habremos excedido el mes de marzo, y esto tanto más en cuanto la peripneumonía no se declaró en la enferma á principios de marzo, sino que siguió la repercusión del sarampión, cuyos comienzos databan del principio de este mes. Por donde de las circunstancias principales del mi-

(1) Van Swiet. Aphor. 1.183.

(2) Castell Lexicon Medic.—Verb. Empyema.

(3) Sect. 4. Aphor. 8.

(4) Praxo. lib. 1. p. mibi 78, tom. 1. ojer.

lagro creemos deber descartar enteramente la empiema y reducirlo todo á la tisis.

5. Volvamos á la historia de la enfermedad. Ese pus reunido en los pulmones no podía menos, en efecto, de producir la tisis. Ya Hipócrates (1) advirtió que de la supuración se pasa á la tisis, y Gorter, interpretando su producción (2) escribe: *Si alguien atacado de pleuresía no queda purgado dentro los catorce días, cae con frecuencia en la tisis*. La supuración que atestiguan en la jóvenes así el razonamiento médico como el hecho histórico, significa, pues, por sí misma, que tuvo que degenerar en tisis. Y esto tanto más cuanto ya había preexistido una causa propia para engendrar la tisis, á saber la enfermedad exantemática retrocedida; pues la tisis se origina de fiebres exantemáticas, especialmente de viruelas ó sarampión reentrados, como también de erupciones cutáneas crónicas repetidas, entre las cuales la tisis que sigue al sarampión suprimido es en los niños frecuente y funesta (3).

6. No puede, pues, caber la menor duda acerca la existencia de la tisis en María Rosa de Luca, si se considera ya la erupción exantemática reentrada ó suprimida de que fué atacada á principios de marzo, ya la supuración que sigue á la peripneumonía no resuelta. Y no está menos permitido certificar que esta tisis empezó á fines de este mismo mes de marzo, puesto que todos los síntomas de la tisis se observaban entonces en la enferma, como hemos visto. De consiguiente sólo nos falta ahora, para confirmar la existencia y la naturaleza de la enfermedad, encontrar los síntomas esenciales que acabamos de enumerar, no ya en el testimonio extra-judicial (al que hemos apelado para establecer simplemente las verdaderas épocas de la enfermedad), sino esta vez en la deposición de los testigos oídos judicialmente.

7. James, según Celso Aureliano, dió los siguientes síntomas de la tisis: *Va acompañada de una pequeña fiebre hectica, que empieza al anochecer y disminuye al apuntar el día, de una tos violenta que durante este mismo tiempo es más fuerte. Los enfermos escupan desde el principio cierta cantidad de pus que aumenta más tarde notablemente. Arrojan espumas viscosas, lívidas, verdes, purulentas... Tienen la voz ronca y aguda, las mejillas rojas, el resto del cuerpo de*

(1) Lib. 5. Aphor. 15.

(2) Medic. Hippoc. lib. 5. Aphor. 9.

(3) Sauvage, tom. 2. p. 459.

color ceniciento y lívido, la tisis se acompaña de una sed extraordinaria..... de hinchazón de pies, etc. Sennert añade (1). El cuerpo entero queda postrado y extenuado, y áun con frecuencia los tísicos sudan por debilidad de la facultad natural, que no puede retener los líquidos naturales ó excrementales... Finalmente, á todos los sobreviene una diarrea por debilidad retentiva del ventrículo y de los intestinos. A estos síntomas hay que añadir, especialmente en el último grado de la tisis, que el enfermo, á causa de la tos que día y noche le atormenta y le mantiene casi continuamente en vela, está en completa postración.

8. Veamos, pues, si la fiebre héctica, la tos, la excreción purulenta, la carraspera, la palidez del rostro con las mejillas rojas, el enflaquecimiento del cuerpo, la opresión, los insomnios, los sudores y las diarreas se encuentran en nuestra jóven.

1.º FIEBRE. El médico, tratando del paso de la supuración á la tisis, dice haber reconocido en diversos síntomas la fiebre, que se hizo más lenta, porque ya había temido lugar la supuración; recuerda que en el curso de la enfermedad la fiebre era lenta y continua (2); á lo que se añade el testimonio de la madre de la curada, que dice que esta tenía fiebre. 2.º TOS. Esta misma madre dice que su hija tosía; el testigo setenta y dos: Que tosía, y que su tos era seca, lo que daba á entender que provenía del pecho: el médico entre los síntomas enumera la tos: el testigo setenta y cinco dice que tosía, constantemente tosía, sin descansar nunca; el testigo setenta y seis también declara que tosía. 3.º EXCRECIÓN PURULENTE. La expresada madre afirma que escupía suciedades, sus salivazos eran asquerosos, que escupía porquerías... sus salivazos eran asquerosos, flemas purulentas, dice el médico, que se hicieron más copiosas, icorosas y fetidas: el testigo setenta y siete dice que sus flemas eran súcias y hediondas: el testigo setenta y nueve, que escupía materias súcias. 4.º CARRASPERA. Este síntoma, del que no dan cuenta los otros testigos, porque en su rusticidad no pararon tal vez la atención en él, lo anuncia el médico atestiguando explícitamente la carraspera.

9. Además, lo que saltaba á la vista de los visitantes eran: 5.º LA PALIDEZ DEL ROSTRO Y EL COLOR ROJO DE LAS

(1) Medic. pract. lib. 2, part. 2, cap. 12.

(2) Morison: Phtisicolog. lib. 2, cap. 2, §. De Tusset perpetua et vigiliis.

MEJILLAS. El testigo setenta y uno dice que parecía una moribunda; el setenta y nueve que estaba hecha un cadáver, y el médico que un color rojo se mostraba en los pómulos de las mejillas. 6.º SED. La madre de la curada dice: Continuamente se lamentaba de su extraordinaria sed: el testigo setenta y dos: Tenía una sed tal que nunca se hubiera cansado de beber, porque, como decía, sentíase interiormente como abrasada. 7.º ENFLAQUECIMIENTO DE TODO EL CUERPO. El testigo setenta dice: Estaba sumamente consumida; el testigo setenta y dos: Estaba toda consumida; el médico: Había también una grande consunción; y el testigo setenta y cinco: Hacía compasión; estaba reducida á la piel y á los huesos, y no podía levantarse del lecho ni áun para arreglarlo. 8.º OPRESIÓN. La madre de la curada dice: que se encontraba enteramente oprimida; el testigo setenta y dos: No podía tomar aliento, tenía la boca abierta, porque el pecho le hacía el efecto de un fuelle que sube y baja sin soplar; el médico señala la dificultad de respirar, una extraordinaria opresión, incomodidad de permanecer acostada, de donde la necesidad en que se veía la pobre enferma de mantenerse á veces en pie; el testigo setenta y cinco: Tenía una opresión tal que no podía recólar aliento; estaba oprimida. 9.º INSOMNIOS. La madre de la curada refiere que la jóven pasaba las noches sin dormir: Nunca podía dormir por la noche, y el médico confirma este hecho enumerando con lo demás los insomnios. 10. SUDORES. El médico enuncia los sudores con la sola palabra usual sudores; pero ya los había indicado diciendo: Recordo muy bien que los había, mas no tengo presente si eran del género de los que llamamos colicativos; sin embargo, lo enferma estaba reducida á un estado que creo posible que fuesen tales, aunque, á causa del tiempo transcurrido, he perdido la memoria de este detalle; el testigo setenta y cinco dice que sudaba. 11. DIARREA. El médico afirma dos veces que la enferma tuvo la diarrea, y en el testimonio prestado apenas curó la enferma, añade que aquella era colicativa (diarrea colliqualitica); el testigo setenta y cinco: Tenía flejedad del cuerpo. 12. Finalmente padecía EHEMA, pues la madre de la enferma declara que sus pies se habían hinchado, y que la hinchazón llegó hasta la mitad de la pierna; el testigo setenta y cinco: Se le veían las piernas hinchadas.

10. De consiguiente todos los síntomas que los médicos enseñan ser característicos de la tisis, estaban reunidos en nuestra jóven. Mas ¿cómo conocemos si esta tisis

era confirmada ó completa? Sennert contesta (1): *La tisis confirmada se reconoce por las mismas señales; pero ya más aparentes y desarrolladas. En efecto, si una persona cualquiera ve un hombre pálido, débil, que tose y está abatido por la demacración, le declara atacado de verdadera tisis... La tisis confirmada se reconoce con certeza por la ulceración de los pulmones, la fiebre lenta y continua, y consiguientemente á esto, por el enfraquecimiento, la extenuación de todo el cuerpo, la respiración difícil, etc.* Ahora bien, que en María Rosa tales síntomas eran *eventísimos* y llegaron hasta lo sumo, lo demuestra suficientemente lo que llevamos referido, pues la úlcera de los pulmones era patente por las flemas que fueron cada vez más abundantes, icorosas y fetidas, que eran asquerosas y hediondas. La fiebre era lenta y continua y la tos la atormentaba constantemente; tosa, tosa siempre, sin tener nunca descanso. El enfraquecimiento del cuerpo y la debilidad de las fuerzas eran extremas, pues se veía reducida á piel y huesos, y no podía levantarse de la cama ni siquiera para que se la arreglaran... parecía moribunda... se había vuelto como un cadáver. La dificultad de respirar, por último, llegó hasta el punto de que no podía tomar aliento, que permanecía siempre con la boca abierta, pues el pecho le hacía el efecto de un fuelle que se levanta y baja sin dar aire... Era preciso que la infeliz enferma se mantuviese con el tronco algo recto para poder respirar.

Así la joven sufría no una tisis, como quiera, sino una tisis confirmada y completa, caracterizada, no sólo por los síntomas expresados, si que tambien por la inutilidad de los remedios que más tarde se suprimieron á causa de la condicion de la enfermedad que empeoraba de cada vez más por el abandono de los médicos que desesperaban de su curación, etc. El facultativo declara «No recuerdo de qué remedios se hizo uso, que indudablemente serian proporcionados á la dolencia. En el último periodo, en el cual, como ya he dicho, el mal era del todo desesperado, sólo se administraron caldos de hierbas y otros semejantes remedios inocentes, propios únicamente para suavizar la violencia de la tos y la fuerza de la opresion, pero no para curar la dolencia principal. Por lo tanto, si se ordenaba algun medicamento, no era curativo, por no admitirlo el carácter y naturaleza de la enfermedad, sino

(1) *Med. pract.* lib. 2, part. 2, cap. 12.

más bien paliativo y lenitivo, para prolongar lo más posible la vida de la enferma y hacerle menos crueles los accidentes mórbidos.» El testigo setenta y cinco dice: «Al principio le recetaban drogas de farmacia, que más adelante se abandonaron: no le daban sino suero ó leche, y caldos de hierbas para aliviarle el pecho; recuerdo que le daban á comer pan mojado con leche; que continuaron prescribiéndole el suero hasta nuestra partida de Mazzano: cuando el médico y el cirujano decían que le diesen leche, jarabe ó algunos caldos de hierbas, recuerdo que añadían: «Que le den esto ó aquello, poco importa; ¡tan desesperado es el caso!» El testigo setenta y seis dice: «Al principio le administraban drogas de la farmacia, pero luego se omitieron, porque el caso era desesperado.» Y la madre de la enferma: «Más tarde le ordenaron cosas refrescantes, como miga de pan con leche, ó hebidá de leche mezclada con agua, y han proseguido constantemente así.»

11. Evidente es, pues, la causa por la que en el curso de la enfermedad los médicos se abstuvieron de emplear medicamentos. El facultativo dice, en efecto: «Nunca observé mejoría en María Rosa, que fué siempre de mal en peor, por cuya razon aunque la visitáramos, podia decirse ya abandonada, pues el arte no tenia ningun remedio eficaz para curarla.» Lo que confirma el testigo setenta y dos diciendo: «Siempre la encontré más enferma... iba incesantemente de mal en peor: por donde podeis comprender que los medicamentos de nada le servian.» Así no cabe duda que los facultativos desesperaban de la enferma. «Las señales y los síntomas, dice el médico, eran á mi parecer decisivos, y lo mismo opinaba el cirujano del lugar; de donde se sigue que ambos habiamos perdido enteramente la esperanza de poder restablecer á la joven. Sgarzi y yo dábamos la enfermedad por absolutamente incurable.» Y el testigo setenta y dos: «Mi cuando el cirujano tenia siempre por imposible que María Rosa curase.» El médico Angelucci dice por su parte: «Cuando les oía discutir juntos... convenian en que no habia esperanza alguna para María Rosa, y áun añadian que moriria en breve.» El testigo setenta y cinco: «El médico Angelucci y Jaime Sgarzi nuestro cirujano nos decian claramente que estaba todo concluido para María Rosa, que no habia remedio ni esperanza alguna, que era preciso administrarle los últimos Sacramentos, y que ya no debia ser asistida sino por

sacerdotes.» Y el testigo setenta y seis: «Tanto el sobredicho Jaime Sgarzi como el médico Angelucci *le daban por enteramente perdida, y decían que no había ya remedio.*»

12. Los médicos no podían tener otro parecer, pues les constaba que *si existe alguna esperanza de salvación en la tisis pulmonar, sólo es al principio; puesto que en la tisis confirmada la curación es apenas admisible* (1). Ahora bien, los síntomas cada vez más graves que se veían en la enferma confirmaban este aforismo médico, y la jóven llegó á un estado en que tuvieron que administrársele los Sacramentos de los moribundos. El médico dice: «Las señales y los síntomas eran á mi parecer decisivos, como lo juzgaba también así el cirujano del lugar... A causa de esto convenimos en que no debía dilatarse hacerle administrar los Sacramentos y entregarla á los cuidados del médico espiritual: en su virtud se le dispensaron los Sacramentos hasta la Extremaunción inclusive: el difunto señor arcipreste Corneli le prestó su asistencia, teniendo razones para temer una muerte próxima.» Y el testigo setenta y cinco: «Se le administraron el Viático y la Extremaunción; el arcipreste Rdo. Corneli, hoy difunto, la ayudó á bien morir. Me parece que fué veinte días antes de que viniésemos á Roma.» El testigo setenta y seis: «Se le administraron todos los Sacramentos hasta la sagrada Unción; estaba en manos de los sacerdotes; de un momento á otro creíamos verla amortajada, y ya lo teníamos todo dispuesto; si tenía la campana, al instante creíamos que María Rosa había muerto.»

13. A la agravación, pues, de los síntomas que demuestran una tisis muy adelantada y confirmada al abandono de todos los médicos que habían ya renunciado á los recursos farmacéuticos se unia el juicio que abiertamente pronunciaron de la muerte próxima de la enferma: añadamos, por fin, la notoriedad de un estado de enfermedad que, habiéndose administrado la Extremaunción y hecho la recomendación del alma con las oraciones de los agonizantes, presagiaba una inminente salida de este mundo. Por tanto del mismo modo que no es posible dudar de la clase de enfermedad, tampoco puede ponerse en duda su extrema gravedad.

14. Así estaban las cosas, cuando Dios, que había decretado volver sana y salva á la jóven por mediación de Benito José Labre, quiso inspirarle confianza en el

(1) Bursarius, t. 7, p. 68.

patrocinio de su santo siervo. Llegó de regreso de Roma un soldado, Antonio Gavetti, quien ensalzó mucho la salud y el poder de Benito José, que acababa de morir, y de quien traía algunas imágenes. La enferma, su madre y su prima, movidas por la narración del soldado, recobraron al momento la esperanza de que la salud desesperada y perdida sería recobrada por este celestial socorro. Acercaron á la jóven una imagen que obtuvieron de Gavetti, al propio tiempo que oraban de lo íntimo de su corazón para que la enferma recobrase la salud, haciendo voto de que en tal caso irían á Roma.

15. El milagro, empero, no había de obrarse en Mazzano sino en la tumba misma del venerable José. Dios no concedió por entonces á las oraciones que se hicieron sino el recobro de algunas fuerzas que le permitiesen levantarse del lecho y emprender el viaje, aunque no sin peligro de muerte. La enfermedad quedó naturalmente en el mismo estado, para presentar al milagro un objeto conveniente. «Creímos, dice la prima de la curada, que Benito José le había alcanzado fuerzas para poder levantarse... aunque continuaba muy mal... Toda la mejoría consistió en lo que ha dicho poder levantarse. María Rosa continuaba siempre con la misma opresión, la misma tos, la misma diarrea, arrancando flemas asquerosas y hediondas. El médico y el cirujano nada esperaban de esta mejoría, y no daban ningún buen augurio de que María Rosa pudiese curar, pues decían que moriría indudablemente.» El testigo setenta y dos: «La mejoría consistió en que se levantaba un poco, que podía permanecer sentada algun tiempo, y que con apoyo de alguien daba algunos pasos por la casa; mas en realidad estaba enferma del mismo modo, y aun recuerdo que decía yo á su madre: «Se muere, no podréis salvarla, pues está abatida, en consecuencia, y tose tanto como antes.»

16. En este estado continuó hasta su partida, que se verificó á fines de mayo. El testigo setenta y dos manifiesta que «cuando María Rosa llegó á Roma... estaba peor, y el cirujano me había dicho que temía no volvería más á Mazzano, pues moriría por el camino.» Y la prima de la curada: «El médico y el cirujano tenían por seguro que no volvería á Mazzano.» El testigo setenta y seis: «Quisieron llevarla á Roma, lo que me pareció una temeridad, atendido que estaba más muerta que viva, y todos decían: «La llevan á morir á Roma; no volverá más

á Mazzano;» la oí la vispera de su partida; estaba mala como de costumbre, y dije para mí: ¡Que Dios la bendiga! Y el médico: «No puedo ahora determinar exactamente el día en que por última vez vi á María Rosa en estado de enfermedad; empero puedo afirmar con certeza que no fué más de dos días antes de partir de Mazzano para Roma, y recuerdo muy bien que en esta postrera visita la encontré como siempre oprimida y postrada... Pude cerciorarme de que había mayor opresión; suma incomodidad de permanecer echada, que obligaba á la pobre enferma á tomar de vez en cuando la posición vertical; un color rojo en los pómulos... y finalmente, sudores y diarrea... Asimismo había extraordinaria consunción, insomnio... La flema era más copiosa, icorosa y fétida. Tal era el estado en que encontré á la enferma cuando la visité por última vez.»

17. Alguno preguntará quizás: Si, según el médico, la enferma se encontraba en tal estado, ¿por qué le permitió el viaje á Roma? Indudablemente porque la situación era del todo desesperada. En efecto, el mismo médico lo dice: «En mi última visita la *Uoré* como muerta, y por esto no tuve dificultad en concederle el permiso para hacerse trasladar á Roma, persuadido de que no tenía ya remedio alguno.» Antes había dicho: «En defecto de confianza en los socorros del arte, le concedimos que fuese á Roma, y probase los remedios religiosos, puesto que los de la medicina eran inútiles.» Y antes: «Habiendo decidido con su madre el viaje á Roma, me llamaron al propio tiempo que al cirujano, quien fué de mi parecer. El cirujano, en consideración á la gravedad del mal, juzgando imposible que la enferma pudiese intentar semejante viaje, creyó deber desaconsejárselo, persuadido de que moriría por el camino. Abridgaba yo la misma convicción, pero viendo la confianza tanto de la madre como de la hija, dije al cirujano que podía concedérseles todo lo que quisieran. Para nosotros el caso era desesperado, y tanto valía que la jóven muriese en Roma como en Mazzano ó por el camino; y el hecho mismo de que pudiese ponerse en viaje una enferma tan adelantada como lo estaba María Rosa, fué para mí un principio de milagro. «Todo esto está confirmado por la prima de la curada.»

18. Como se ve, la gravedad de la dolencia que condujo á la jóven á las puertas del sepulcro, subsistía toda entera y de tal suerte, que el médico atribuía á un prin-

cipio de milagro, la posibilidad para semejante enferma de emprender el viaje. Durante el camino, no cambió su estado. La debilidad de sus fuerzas era tal, que ni siquiera podía sostenerse sentada en el jumento. «Fué puesta, dice la madre de la curada, tan en el centro como fué posible, y en perfecto equilibrio, sobre el jumentito... mas era preciso que uno de nosotros la sostuviese.» Y su prima: «La acomodamos en el centro tanto como pudimos, sentada en el jumentito, pero no podía tenerse por sí misma, pues hubiera caído, por cuya razon uno ú otro la apoyaba constantemente.» El testigo setenta: «Fué colocada en el jumento, empero no se sostenía en él, y era preciso que alguno de nosotros la apoyase, lo que aún no era suficiente: la infeliz jóven pedía que la colocasen en uno de los cestos, mas esto no pudo hacerse porque hubiera sido preciso un contrapeso en el lado opuesto.»

El testigo setenta y seis: «Logré con trabajo sentarla en un jumento, ayudándola y sosteniéndola. Su opresión era tal y se aumentaba de tal suerte con el andar de la cabalgadura, aunque muy suave, que fué necesario desmontar con frecuencia la jóven, por temor de que le quedase enteramente interceptado el aliento.» «Padecía suma sofocacion,» dice el testigo setenta. «Y á cada instante, dice el setenta y dos, era preciso detenerse... para bajarla del jumento y hacerla sentar en el suelo, á fin de que descansase, para calmar la gran sofocacion que la oprimía y que se acrecentaba con la marcha.» Y la prima de la curada: «A cada momento era preciso detenerse porque la infeliz jóven, aunque el jumento andaba suavemente, al cabo de algunos pasos se encontraba más sofocada: era preciso que tomase aliento, y con frecuencia teníamos que levantarla y sentarla en el suelo.»

19. Cuan intensa era esta dificultad de respirar, puede argüirse no sólo por las deposiciones de los testigos, si que tambien por el mucho tiempo que duró el viaje; pues á causa de la opresion adelantábase con tanta lentitud y tuvieron que detenerse con tanta frecuencia, que se emplearon trece horas en andar las veinte y cinco millas que separan Mazzano de Roma. «De Mazzano á Roma, dice la misma persona, hay veinte y cinco millas; el día comenzaba entonces muy temprano: partimos á las ocho en plena luz y llegámos á Roma á las nueve de la noche.» La sed atormentaba en gran manera á la enferma, como refiere su madre. «A cada paso era preciso darle de beber,

porque se quejaba incesantemente de intensa sed.» El testigo setenta y dos dice: «A cada instante teníamos que detenernos para darle de beber, pues se abrasaba, y hubiera querido beber continuamente.» La prima de la enferma: «Decía que se sentía abrasar en el interior, y habíamos de darle un poco de beber á cada instante para templarle la sed que la torturaba; su boca estaba seca y se sentía abrasada de un fuego interior.» El testigo setenta: «Constantemente pedía beber, porque la pobrecita se abrasaba interiormente, y ya podeis imaginar cuál debía ser su sed.» Tampoco faltaban los otros síntomas, pues la madre declara que «para obedecer á la fe de su hija la condujo á Roma, que la pobre jóven se encontraba en malísimo estado, sofocada, tosiendo y arrojando asquerosas flemas.» El testigo setenta: «La pobrecita estaba en completa consuncion, tosía... su estado empeoraba, no podía tomar aliento, tenía tos, estaba enflaquecida, su color era pésimo y parecía una difunta.» El testigo setenta y dos: «La infeliz jóven estaba en malísimo estado.» El testigo setenta y seis: «La acompañé hasta el puente... verdaderamente me parecía ver una difunta: tanta era la extenuacion de María Rosa.»

20. En este estado la jóven, con el favor de Dios, llegó por fin á Roma, y pernoctó en casa del soldado Antonio Gavetti: no había, pues, que esperar que pasase buena noche. «Esta noche la infeliz enferma encontréose muy mal como de costumbre, dice su madre; no durmió ni me dejó dormir. A cada momento era preciso darle de beber: á causa de la sofocacion no podía permanecer acostada, y había que tenerla sentada en el lecho.» El testigo setenta: «Esta noche no hizo sino gemir, y lo sé porque me encontraba en el mismo aposento.» El testigo setenta y dos: «Tales fueron los gemidos de la pobre jóven, enteramente dolorida y sofocada, que no pude dormir... se me partía el corazon, lo que me causaba más pena que el no poder dormir.»

21. Apuntó por fin el día, y aquellas que vinieron á implorar el socorro divino creyeron que era preciso ante todo purificar su alma con los Sacramentos, á fin de hacerse al Señor propicio; á excepcion de la enferma, que no podía estar en ayunas, á causa de la necesidad de beber con frecuencia durante la noche; tuvo que abstenerse, pues, de la Comunión. Desde la plaza Margana, en donde habían pernoctado, todos se dirigieron á la vecina

iglesia de Santa María de Ara-Celi, y de allí á la de Santa María de los Montes, donde se conservan los restos del venerable Benito José Labre. «La jóven, sin embargo, no podía adelantarse sola... yo la sostenía por un lado, dice la madre, y Laura Rosa, su prima, por el otro. Desde la iglesia de Ara-Celi fuimos á la de Nuestra Señora de los Montes para visitar el sepulcro de Benito José, y llevamos á mi hija de la misma manera, y sosteniéndola por ambos lados. Entrámos en la iglesia, en la que había gran multitud de pueblo... En medio de tanta gente la sofocacion aumentó de tal suerte que no pude hacerla adelantar un paso, y fuíme preciso sacarla fuera de la iglesia. La hice sentar en las escaleras, y á fin de humedecerle un poco la boca le di algunas cerezas.» El testigo setenta: «Por la calle acompañé con gran trabajo á la pobre jóven, pues no podía sostenerse, y era preciso apoyarla... A causa de su debilidad y de su sofocacion, era preciso á cada instante detenerse y dejar que tomase aliento.» El testigo setenta y dos: «María Rosa apenas pudo trasladarse, constantemente apoyada y sostenida por dos personas, una á cada lado, y aún era preciso detenerse para que descansara.» La prima de la curada: «María Rosa no podía andar sola, y fué preciso que casi la arrastrásemos su madre y yo, una á cada lado.»

22. En el sepulcro del venerable Siervo de Dios, la jóven pareció recobrar un tanto las fuerzas, empero la enfermedad continuaba en el mismo estado. En efecto, su madre declara: «En la noche que siguió á la primera y segunda visita... se encontró tan mala como de costumbre, sofocada, teniendo feisimas flemas, sed, no pudiendo dormir y sin acostarse, sino con la cabeza y el cuerpo algo levantados.» El testigo setenta y dos: «María Rosa continuaba mal... cuando volví por la tarde estaba en el lecho y sofocada...» La prima: «La volvimos á casa como antes.» Lo mismo sucedió el día siguiente, conforme el aserto del mismo testigo: «En todas estas visitas, tanto de ida como de vuelta, fué preciso que dos personas arrastrasen y sostuviesen á María Rosa.» La madre afirma que su hija permaneció todo el segundo día en el mismo estado de enfermedad: «Continuó muy mal, y este estado duró todo el día.»

23. Mas el esplendor del prodigio iba á aumentarse por la agravacion que se produjo en la tercera noche. Baglivo (1) enseña que en la tisis *si sobreviene repentina-*

(1) *Prac. Med.* lib. 2, cap. 8, § 3.

mente un violento dolor de costado, el enfermo extra luego en delirio, se produce extraordinaria fiebre, y muere al cabo de pocos días. Pues bien, este funesto sintoma apareció en la enferma, conforme la deposición de su prima: «La noche siguiente se encontró peor que nunca, pues á cierta hora empezó á gritar, diciendo que experimentaba vivísimo dolor en el pecho.» Lo que confirma la madre: «Apenas me levanté, mi hija me llamó gritando, y suplicándome que acercase mi mano á su pecho, porque sentía en él extraordinario dolor.» El testigo setenta: «Poco despues de habernos acostado, María Rosa dió un grito y dijo á su madre que la socorriese, pues sentía grande dolor en el pecho.» Hé aquí el estado de las cosas, cuando al contacto de una imágen de Benito José, toda la malignidad de la afección, vencida de golpe, dió lugar al sueño, como vamos á ver en seguida.

ARTÍCULO II.

DEL MILAGRO Y DE LA INVOCACION.

24. Que la enferma y sus parientes pusieron toda su confianza en el venerable Benito José y que imploraron particularmente su patrocinio, lo prueba bastante la historia del hecho; pues cuando el soldado Gavetti hizo conocer en Mazzano las virtudes y prodigios de este hombre venerable, trayendo sus imágenes, «la hija y la madre pusieron gran confianza en Benito José, encomendándose á él de todo corazón,» dice el testigo setenta y seis. La prima declara: «Cuando supimos esto, recobrámos súbitamente valor, y pensamos que este bendito santo tendría el poder de hacer un milagro en favor de María Rosa. La enferma, su madre, yo y los demás concebimos esta esperanza; pedimos á Gavetti una de las imágenes que tenía, y la aplicamos con fervor á la enferma, invocándole para que la curase. Y si la recomendámos con fervor, mayor era todavía el de la infeliz jóven. Más aún, su confianza llegó hasta pedir, aunque estuviese en las postreras ánsias de la muerte, que la condujesen á Roma para visitar el sepulcro del venerable Benito José,» como lo dice su madre: «Mi pobre hija quería ir á Roma, y yo le decía: «Hija mía, ya te acompañaré, pero aguarda á que te encuentres

mejor; de otra suerte, ¿cómo quieres que te conduzcamos?» Esto era imposible; mas ella se obstinó en decir que quería ir á Roma. Opuse siempre las mismas dificultades, y María Rosa me contestaba que se haría poner en uno de los cestos del arriero Antonio Gavetti.» Tanta confianza venció todos los obstáculos, é hizo ceder á la madre. «Viendo, prosigue ésta, que tenía tanta fe resolví complacerla, y aunque la enfermita se encontrase tan mal... á fines de mayo decidí trasladarla á Roma.»

25. Hemos dicho ya que en Roma visitó más de una vez el sepulcro del venerable Benito, y que «la jovencita se encomendó con gran fervor al santo,» dice la madre; el testigo setenta y dos añade: «En la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, todos nosotros invocámos á Benito José; mi mujer y María Rosa, que estaban enfermas, se encomendaron con mayor fervor que los demás.» Cierta es que del sepulcro volvió la jóven en el mismo estado de enfermedad, aunque algo más fortalecida, pero ni ella ni su madre perdieron la confianza, que pareció aumentar por el contrario, pues en la tercera noche, cuando la jóven se encontró peor, y que atacada repentinamente de vivísimo dolor en el pecho, gemía y pedía á su madre que pusiese en él la mano: «En vez de poner mi mano, dice la madre, hé aquí lo que hice: había una imágen de Benito José á la cabecera de la cama; la tomé y apliquéla en el sitio en que la jóven experimentaba este grande dolor, diciendo: «Toma esto, hija mía, encomiéndate á él; sólo Benito José puede socorrerte.» La prima confirma este hecho así: «En esta extremidad, la madre tomó la imágen de Benito José, la aplicó al pecho de su hija, y le dijo que recordase que él podía curarla.»

ARTÍCULO III.

DEL OTRO EXTREMO DEL MILAGRO, Ó DE LA CURACION PRODIGIOSA, INSTANTÁNEA, PERFECTA Y DEFINITIVA.

26. Tanta fe merecía ciertamente recompensa. Al contacto de la imágen del venerable Benito, toda la malignidad de la afección se desvaneció en un momento, y aquella que «la primera noche no había podido dormir, siempre sofocada, gimiendo de continuo, y teniendo ne-

cesidad de beber á cada momento... una vez aplicada la imágen, descansa, concilia el sueño, y toda la noche duerme tranquila.» dice la madre. «Aplicada la imágen, dice la prima, la jóven concilia el sueño... el resto de la noche no siente nada y duerme profundamente: despierta por la mañana, y exclama gozosa que está curada, que nada tiene...» El testigo setenta: «Después de la aplicacion de la imágen, nada oímos, la jóven no se quejó más. Al despertarse por la mañana dijo que se encontraba bien y que estaba curada.»

27. Los hechos mostraron, pues, que la curacion instantánea de la jóven era absolutamente perfecta. En efecto, aquella «á quien era preciso, para levantarla de la cama, vestirla de la cabeza á los pies, y una vez vestida, hacerla sentar, porque no tenia fuerzas para moverse y andar, esta mañana se vistió por sí misma y caminó más aprisa que yo,» dice la madre. «Volvimos á la iglesia de Nuestra Señora de los Montes para dar gracias á nuestro Bienhechor, y en todo el camino la jóven no sólo no tuvo necesidad de ser sostenida, sino hasta que se nos adelantaba; é hizo más aún en la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, pasando en medio de la gran multitud reunida para venerar el sepulcro del venerable Siervo de Dios.» El testigo setenta en su deposicion recuerda los mismos hechos: «Se levantó, vistióse, y fuimos todos á Nuestra Señora de los Montes para dar gracias á Benito José: la jóven andaba sola; no tenia necesidad de sosten, y caminaba más aprisa que yo; ya no tenia tos ni sofocacion: parecia que nunca hubiese estado enferma, y estaba alegre y su entendimiento despejado. Antes no podía comer, y entonces comia bien y con apetito.» El testigo setenta y dos confirma este hecho, y la deposicion de la prima es idéntica: «Vistióse sola, no tenia sofocacion ni tos, ni se quejaba de dolor alguno: habia recobrado las fuerzas y el color; en suma, parecia que nunca hubiese estado enferma; dijo que tenia mucho apetito y comió muy bien de lo que habia. Juntos fuimos á dar gracias á Benito José: cuando estábamos para salir de la iglesia la madre y yo queríamos sostenerla, como hacíamos antes, pero no lo quiso, diciéndonos que no tenia necesidad de ello y que estaba curada: en efecto, marchó más aprisa y ágil que nosotros, yendo constantemente delante, y no podíamos seguirla: como en la calle nos dijo que tenia aún hambre, le comprámos cerezas y guisantes.»

28. Empero la prueba de una curacion perfecta apareció más evidente aún en el viaje que hizo el mismo día. «Despues de dar gracias al Siervo de Dios, dice la madre, nos pusimos en camino y regresamos á casa: la jóven montó sola en el jumentillo; yo quería ayudarla, pero no lo consintió, y me dijo: «Madre, estoy curada; puedo ir sola; no tengo necesidad de nada:» durante el camino no fué preciso sostenerla ni darle de beber, porque, perfectamente curada, habia recobrado todas sus fuerzas.» La prima dice: «El mismo día volvimos á Mazzano, y por el camino la jóven no sólo no tuvo necesidad de que la sostuviesen en el jumentillo, sino que ni siquiera queria cabalgar y preferia ir á pié: fuera la puerta Angélica caminó casi dos millas más aprisa y ágil que nosotros. En el viaje no necesitó cosa alguna y no dió la menor señal de su pasada enfermedad; al contrario, no hubiera hecho otra cosa que comer, porque decia que tenia hambre, y cuando nos detuvimos en la Storta, comió en abundancia con mayor apetito que nosotros.»

29. Estos hechos prueban no sólo que el milagro fué perfecto, sino que fué más brillante aún por el restablecimiento de las fuerzas y del color. En efecto, toda la fuerza del milagro consiste en el hecho de que desapareció repentinamente la malignidad de la dolencia: siendo así el milagro es perfecto, aunque persista la palidez, el enflaquecimiento y la debilidad de fuerzas. Ahora bien aquella *que parecia no haber estado enferma, que se mostraba alegre y despejada, que caminaba de tal suerte que no se le podia seguir, que no queria montar en el jumento, prefiriendo ir á pié; que fuera de la puerta Angélica hizo casi dos millas á pié ligera y ágil,* ofrecia ciertamente, á más de la perfeccion de la curacion, brillantes adiciones. Y en efecto, «al llegar á Mazzano... todos se agrupaban á su alrededor maravillados,» dice la madre. El testigo setenta y dos añade: «Todos los que la vieron quedaron estupefactos;» y la prima: «Llegados á Mazzano, todo el mundo se mostró contento, y decian: «¿Esta es Maria Rosa? No parece la misma. ¿Cómo lo habeis hecho?...» Y todos confesaban que sólo un santo habia podido curarla, y curarla de tal suerte que habia recobrado las fuerzas, el color y aún el brillo de carnes y robustez...» El testigo sesenta y seis: «Cuando la vimos que éramos estupefactos: caminaba con desembarazo y agilidad, tenia fuerzas, hermosos colores en el rostro; parecia que nunca hubiese es-

tado enferma: y nótese que caminaba no en un camino llano, sino en una rápida pendiente... Se encontraba como antes de su enfermedad...»

30. Este sentimiento de admiracion no se manifestó solamente entre la sencilla gente del pueblo; el cirujano, el arcipreste, el vicario y los demás manifestaron el mismo gozo, como lo declaró la prima. Oigamos al médico: «Fui el domingo á Mazzano, á donde la víspera habia llegado á su vez la jóven. Se encontraba á la sazón con los demás en la iglesia parroquial... la hice llamar... Al momento de verla experimenté cierta conmocion interior, advirtiéndome un cambio tan radical y perfecto. El solo aspecto exterior de la enferma era para mí una razon más que suficiente para confesar el milagro. Con todo, quise asegurarme bien de que no subsistia ningun resto ni vestigio que pudiesen considerarse como reliquias de la pasada dolencia, y me conveni de que realmente no existia alguno...; su respiracion era libre y natural, sin ninguna clase de tos, ni señal ni vestigio del mal desvanecido. Vi que para venir de la iglesia habia bajado expeditivamente y con ligereza las gradas del vestibulo; advertí en su rostro buenos colores naturales y esa viveza que revela salud; tomé el pulso, y no sólo no encontré apariencia alguna de fiebre, sino que además las pulsaciones eran iguales y regulares... Admiré la obra de Dios, y comprendí que se habia cumplido en la jóven un gran milagro... El cirujano Sr. Sgarzi fué del mismo parecer, y todos unánimes sin vacilacion alguna reconocieron un milagro tan claro y evidente.» Mas no fué únicamente el instantáneo retorno de las fuerzas, los colores y la restauracion de todo el cuerpo que excitaron la admiracion de todos, lo que acrecentó el esplendor del milagro, pues á él se unió la curacion del asma convulsiva que padecía la jóven antes de su enfermedad. Despues del prodigio, en efecto, afirma el médico que «aquella quedó libre de esa asma convulsiva que la fatigaba habitualmente antes de que cayese enferma.»

31. Esta curacion fué no solamente instantánea, perfectísima y sumamente esplendorosa por las circunstancias que la acompañaron, sino que además la persistencia de la salud confirmó plenamente el juicio que todos hicieron acerca este evidéntísimo milagro. El médico dice, en efecto: «La curacion fué tambien persistente, pues la enferma no recayó en enfermedad á lo menos en

todo el tiempo que estuve en Campagnano, esto es hasta el año 1795, ó sea dos años despues de la curacion. Vi más de una vez á la jóven, y constantemente en el mismo estado de perfecta salud. «La madre de la curada dice: «Desde entonces gozó constantemente de excelente salud. Algunos años despues, cuando tendria unos veinte, tomó estado, y murió en su segundo parto. Todo el tiempo que vivió casada se encontró muy buena, y nunca padeció ninguna de las incomodidades que habia sufrido en su enfermedad.» El marido de la curada dice: «Despues gozó constantemente de buena salud; lo que me consta porque al cabo de tres ó cuatro años la tomé por esposa, y vivió aún cuatro años: alumbró dos veces y nunca estuvo enferma: su muerte fué de resultas del parto. «Y la prima añade: «Desde luego continuó en sus quehaceres en la casa ó en el campo, correspondientes á su edad, como si nunca hubiese estado enferma. En adelante se encontró siempre muy bien, y no volvió á tener enfermedad alguna: de su matrimonio tuvo dos hijas, y murió de su segundo parto.»

32. Este hecho asombroso no cabe sospechar que fuese cuestion de una crisis favorable, sea que se considere la naturaleza de la enfermedad, sea que se atiendan los relatos de los testigos, toda vez que el pus tan abundante y asqueroso que la violencia de la tos arrojaba de los pulmones probaba que su tejido estaba corrompido, blando y consumido; no era posible atribuirlo á una evacuacion bienhechora que pudiese reconstituir y curar el parénquima descompuesto de estas vísceras restituyendo los lóbulos destruidos. Además la prima de la curada, que se acostaba en el mismo lecho con la enferma, interrogada de oficio: «si antes de la curacion ó en la noche en que ocurrió, ó despues, María Rosa habia tenido alguna emision de sudores ó líquido por la boca ó por cualquier parte del cuerpo, contestó explícitamente que nunca hubo nada de eso.» Y además, para que nadie suponga alguna accion saludable por el retorno de los menstros, el médico dice: «La jóven no habia tenido aún la menstruacion cuando cayó enferma, y tampoco la tuvo durante ni despues de la enfermedad... aún no la tenia cuando expedí mi certificado algunos meses despues de la curacion (fechada en el mes de julio), y tanto como me es posible recordar, fué siete ó ocho meses antes de tenerla.» La madre añade á su vez: «Respecto á la menstruacion, la

jóven no la tenía aún. Apareció despues de su curacion, y algun tiempo despues; pero no recuerdo el tiempo preciso.» Así, pues, eliminada toda sospecha de crisis, no es permitido abrigar la menor duda acerca este brillantísimo milagro.

ARTÍCULO IV.

DECLARACION DE LOS TESTIGOS ACERCA EL PRIMER MILAGRO.

1. *Declaracion de la madre de la miraculada, Francisca de Luca de Mazzano.*

Interrogatorio 1.º Si, señor, tengo conocimiento del gran milagro que Benito José hizo á María Rosa, mi hija, que entonces era niña, que despues tomó estado y es ahora difunta.

Soy una ignorante, y cómo pretendéis que yo diga si esto es un milagro ó no? Comprendo, pero no sé explicarme. Si, obróse un gran milagro en María Rosa, porque puede decirse que estaba muerta y que súbitamente se encontró curada. Os referiré cómo aconteció esto, á pesar de que poco sé hablar y menos explicarme. Esta jóven podia tener catorce ó quince años en el año en que se descubrió la santidad de ese buen Siervo de Dios. Enfermó aquella del sarampion en el mes de marzo, cuando hacia estragos esta enfermedad. La niña fué de mal en peor, y se hizo preciso llamar al médico y al cirujano. Recuerdo que éste era el Sr. Jaime Sgarzi, actualmente difunto. Respecto al médico no recuerdo si era Angelucci ó algun otro; pero me parece que era Angelucci. No sabré decirlos cuál era el mal; solamente puedo decirlos que la pobrecita permanecia constantemente en cama, que estaba muy agitada, con una tos y una fiebre violentas: el médico y el cirujano decian que no habia remedio y me la daban por muerta. Esto es tan cierto, que se le administraron los últimos Sacramentos, el viático y el óleo santo. Si me preguntais cuándo le fueron administrados, os responderé que no recuerdo tantas cosas; no sabia que habia de obrarse un milagro, de otra suerte lo hubiera notado: me parece que le fueron administrados en el mes

de marzo, por ministerio del señor arcipreste Corneli, ahora difunto; si viviese aún, sabria explicaros la cosa mejor que yo. Los sobredichos médico y cirujano venian siempre á verla; pero decian que no habia remedio, y que la jovencita moriria en breve. Estuvo en este estado durante dos meses poco más ó menos; no recuerdo bien los dias; pero digo dos meses porque la jóven curó al cabo de este tiempo, esto es, próximamente á fines de mayo. Olvidé manifestaros que las gentes decian que la jovencita era tísica ó vendría á parar en tísica; el cirujano lo manifestaba tambien, pero no recuerdo si el médico lo decia igualmente. La pobrecita arrojaba con frecuencia saliva-zos espesos como materias confitadas ó cocidas. Respecto á si estas materias olian mal, tengo que decirlos que no me fijé en ello. Quereis saber ahora cómo curó María Rosa, y voy á decirloslo lo mejor que pueda. Cundió en Mazzano la voz de que en Roma se habia descubierto un santo, que era un pobre llamado Benito José y que hacia grandes milagros. Mi infeliz hija se puso en la cabeza que habia de ir á Roma, y yo le dije: «Te acompañaré allí, hija mia; pero antes aguarda que estés algo mejor, de otro modo, ¿cómo quieres que lo haga para transportarte desde aquí?» Esto era verdaderamente imposible; pero se obstinó y continuó diciendo que queria ir á Roma, y como yo repelia las mismas dificultades, María Rosa me contestó que se haria poner en uno de los cestos del arriero Antonio Gavetti, hoy fallecido ya. Viendo que tenia tan gran confianza, quise contentarla, y aunque la pobrecita estuviere tan enferma y agitada, á pesar de su tos y de sus saliva-zos frecuentes y espesos, me decidí á transportarla á Roma. Pero ¿cuánto trabajo para llevarla allí! La subimos lo mejor que se pudo en un jumento, porque por si misma no podia subir; pero era preciso que alguno de nosotros la sostuviere, y á cada instante habia necesidad de darle de beber, porque continuamente se quejaba de una sed extraordinaria. Con nosotras venian Elena Mariani, esta anciana que ha prestado juramento conmigo, y mi sobrina Laura, y no recuerdo si la Casata y José Mancinelli estaban con nosotros. No vino mi marido porque era yo viuda. Nos albergamos en el barrio de los Campitelli, en la casa de Antonio Gavetti, y durante esta noche la enfermita continuó mala como de costumbre. Antes de referiros como curó, quiero exponeros lo que se decia en Mazzano, y es que la pobrecita tenia los pulmones consumidos, que